

les, con María, que, presente y extática, le adora allí, y el venerable José, que está fuera de sí de alegría, y en todas partes los Angeles que cantan la gloria del altísimo Señor de los cielos, y á los pastores de las vecinas montañas, que concurren para reconocer y honrar con humildes dones á su divino Salvador. ¿Y quién en semejante representacion no siente palpitar su corazon conmovido hasta derramar lágrimas de ternura? ¡Oh noche! oh Francisco! oh divina representacion de amor, la más bella, la más placentera y alegre de cuantas se hayan celebrado! Puesto que mediante ella, hermanos míos, cada uno de nosotros puede dirigir á sí mismo aquellas elocuentes palabras que san Jerónimo dirigia á su amada Marcela: «¡Oh Belen! aquí, en esta humilde cueva de la tierra, nació el Criador de los cielos! aquí le visitaron los pastores! aquí los Angeles cantaron gloria á Dios en las alturas!»

¡Oh! sí; nosotros te adoramos, amable Hijo de Dios y de María, hecho hombre, y nacido á la vida por nosotros en condiciones tan miserables. Sí; te adoramos postrados á tus plantas, como si estuviéramos en la misteriosa cueva, que te acogió cerca de Belen, en vez de la córte celestial donde unigénito del divino Padre formaste el esplendor de los Santos, ántes que apareciese la estrella de la mañana (1), ó sea, desde la eternidad, ántes de los siglos. ¿No fué el amor ¡oh Jesús! el que te hizo descender á la tierra, y empequeñerte y anonadarte por nosotros? ¡Misterio estupendo, adorable sacramento de un Dios hecho hombre en las entrañas de la Virgen, y nacido en un pesebre en medio de dos animales! Y tú, alma mía, ¿qué piensas al meditar en este portento de amor? Admira, ahora tu dignidad, pues el Hijo del Altísimo se dignó descender sobre esta tierra, y tomar nuestra miserable naturaleza para redimirte y salvarte. ¿Comprendes hasta qué punto te amó? No satisfecho con haberte criado, y sostenido cuando pecadora, quiso revestirte de la gracia, haciéndose nuestro hermano, segun la carne, habitar con nosotros, soportar todas nuestras miserias y participar de todos nuestros dolores, lo mismo Niño que jóven y hombre perfecto, hasta la muerte. ¡Ah! vuelve tus miradas al pesebre de Belen, y contempla aquí al tierno hijo de María; y si te queda aún un poco de ternura en el corazon, confúndete de tu conducta, y llora tus extravíos. ¿Dónde está la gratitud que debes á tu Dios; dónde el amor que exige aquel amor infinito, que te demostró de un modo tan admirable; dónde la fé, cuando ménos, en su divinidad? ¡Oh María! Madre nuestra amorosa,

(1) PSALM. CIX.

no tenemos valor para presentarnos á tu divino Hijo, bien que las auras que en este día respiramos, sean auras de misericordia y de amor. Esto es, precisamente, lo que nos llena de confusion y de vergüenza. Di, pues, Madre dulcísima, dile á tu amado Hijo, que estamos arrepentidos de nuestros pecados; que estamos resueltos á amarle en lo sucesivo con todo el afecto de nuestro corazon; que postrados á sus piés, le juramos constante fidelidad; y que de ahora en adelante, con el divino auxilio y tu amorosa intercesion, no faltaremos nunca á nuestros deberes, á nuestros juramentos y á nuestra fé; que sólo Él será eternamente el objeto de nuestras delicias; y en todos nuestros actos proclamaremos su bondad, y cantaremos su infinita misericordia, por todos los siglos de los siglos. Así SEA.

DIA VEINTE Y UNO.

LOS MAGOS DE ORIENTE Y LA ESTRELLA.

*Vidimus stellam ejus in oriente, et
venimus adorare eum.*

Vimos en oriente su estrella, y hemos
venido con el fin de adorarle.

(MATTH. II, 2.)

Hermanos míos, cuán bueno y misericordioso es Dios, tanto es admirable en sus designios, muy superiores á nuestro corto alcance; por cuyo motivo los hombres, que ahora le acusan tan fácilmente de parcialidad, se verán obligados á confesar su infinita sabiduría y justicia en el dia del juicio final. Para comprender esta verdad importantísima, no olvidéis la historia de los dos hijos de Isaac, Esaú y Jacob. Léese en los Libros santos, que uno de ellos fué repudiado por Dios, miéntras que demostró al otro el más tierno amor. A primera vista, parece esta preferencia una iniquidad: pero quien considere que Esaú por un miserable plato de lentejas vendió,

en cuanto de él dependía, la primogenitura (1), que significaba la gracia del Señor, comprenderá, fácilmente, con cuanta razon le fué quitada y conferida á su hermano, que había de apreciarla dignamente, sirviéndose de ella para los altísimos fines de la divina sabiduría. Observad tambien el triste fin del rey Saul, al principio, glorioso monarca del pueblo de Israel, á cuya dignidad le había destinado y elegido el mismo Dios, derribándole luego del trono, y colocando en su lugar al humilde David (2). Triste suceso por cierto para quien lo considere superficialmente; pero, el que sabe con cuanta torpeza abusó de la Religion, matando á los sacerdotes, y despreciando los saludables avisos de Samuel, verá cuan merecida y justa fué aquella terrible caída. De esta suerte, pues, y aún con mayor evidencia, brillarán los designios de Dios, con respecto á todas las cosas, cuando en el dia final descubrirá á todos los altísimos misterios de su sabiduría en el gobierno de los hombres; entónces veremos, que si ellos fueron miserables y se perdieron á sí mismos, la culpa no fué de Dios sapientísimo y santo, sinó exclusivamente suya. Ahora paréceme que esta admirable disposicion de la Providencia se muestra de una manera singular en la misteriosa economía con que los Magos de Oriente fueron llamados á reconocer y adorar en Belen al Criador del universo. ¡Oh! sí; quien considere que los Judíos, no solo rehusaron reconocer por Mesías al Hijo de María, sinó que le persiguieron cruelmente hasta la muerte terrible é infame de cruz, verá que Dios hizo de todo punto inexcusable su delito, guiando con la luz de su gracia y una milagrosa señal exterior á los Magos de Oriente, para buscarle y reconocerle como á Dios y Señor de todo el género humano en medio del mismo pueblo de Israel. Y este hecho será el argumento del presente discurso. Pidamos la gracia: A. M.

Bello y consolador espectáculo ofrecieron los pastores de los alrededores de Belen al salir de la bendita cueva para volver á sus rebaños, luego de haber adorado al nacido Salvador del mundo, y publicando, alegres de tanta maravilla, aquellos prodigios de la divina misericordia entre los habitantes de los vecinos montes. Esta piedad dió inmediatamente sus frutos, pues muchos, conmovidos por la relacion del suceso, se encaminaron tambien á admirar aquel divino infante, acompañando igualmente su afecto con humildes dones, á fin de manifestarle su devocion; y éstos, al regresar á sus casas, referían, igualmente, cosas admirables; de ahí el que aquella fausta noticia

(1) GÉNES. XXV.

(2) I. REYES.

se divulgara por todas partes, hasta las más elevadas y remotas cimas de los montes. Y tal vez ese relato hecho en la proximidad de las selvas, en el fondo de algun precipicio, miéntras se abrevaban los camellos en la solitaria fuente, fué lo que movió á una tribu de árabes del desierto á tributar honores divinos á Jesús y á María, puesto que su dulce imágen, con su Hijo sobre las rodillas, fué esculpida entónces sobre una de las columnas de Caaba, y contada solemnemente entre las trescientas sesenta divinidades de las tres Arabias antiguas (1).

Tal es, hermanos míos, la eficacia del buen ejemplo, de aquel buen ejemplo tenido hoy en tan poco, y, tal vez, objeto de desdén. Esto es, cabalmente, lo que nos causa profundo dolor, pues los pueblos se arrojan locamente en brazos de la irreligion, con tanta ruina de la sociedad, que jamás se ha visto igual; ruina que causa perjuicios sin cuento y afrentas sin fin á la Iglesia de Jesucristo, como está á la vista de todo el mundo. Pero este desórden no procede de la mala índole del pueblo, sinó de las influencias venenosas del mal ejemplo, y de la falta de la saludable eficacia del bien. En semejantes deplorables condiciones de la sociedad, toca, especialmente á nosotros, los ministros de Dios, emplear nuestro celo, tal vez más de lo que hacemos, con sacrificios y actividad de caridad apostólica para la edificacion y salvacion del rebaño de Jesucristo; siendo este nuestro ministerio y la mision que recibimos del Cielo. Esto equivale á decir, que debemos, primeramente, santificarnos en el estudio y en la oracion para presentarnos luego en medio de la sociedad cristiana confiada á nuestros cuidados, como ángeles de inocencia, de bondad y de virtud divinas. Y todos los fieles, sea cual fuere su órden y condicion, deben seguir nuestro ejemplo, y asistir con más asiduidad á las sagradas funciones de la Iglesia, á los sermones, y, sobre todo, á la frecuencia de los sacramentos, ya que la Religion no es una cosa vana é inútil. ¡Oh! si de esa suerte obrásemos, cuantos nos preciamos de católicos, veríamos como el pueblo se portaba mejor! Es necesario, ante todo, que seamos leales en los contratos, modestos en los ademanes, obedientes á las leyes, obsequiosos con los magistrados, reverentes á la virtud, respetuosos con los ricos y reverentes con los ministros del santuario. Por este medio puede lograrse el mejoramiento del pueblo: las meras palabras, los escritos y las reuniones en que tanto se habla y se discute, son, creedme, vanos estudios que no aprovechan para nada.

Pero, si los afortunados pastores de Belen, con su buen ejemplo y el

(1) Burckhardt, *Viaggio nell' Arabia*, tom. I.

relato que hicieron del misterio que habían presenciado, indujeron á otras personas á querer conocerlo; consideremos ahora, como un milagro de más alta importancia, más trascendental y solemne conduxo allí las primicias de las naciones, es decir, los santos Reyes Magos: suceso que la Iglesia celebra con el título de fiesta de la Epifanía, ó sea, de la Manifestación del Señor. Es de saber, ante todo, que según las antiguas tradiciones de Irán, recogidas por Abulfaragio, un tal Zerdascht, restaurador de la Magia, célebre astrónomo y muy versado en la teología de los Hebreos, había predicho, que un Niño divino, destinado á cambiar la faz del mundo, nacería de una virgen pura é inmaculada en las regiones más occidentales del Aia, y que aparecería en el firmamento una estrella nunca vista para mayor esplendor de este memorable suceso; y que á su aparición, los Magos, ó sea los sábios de Oriente, irían á ofrecer sus dones á este Señor del universo. Todo lo cual se explica muy fácilmente, sabiendo que aquellas naciones estuvieron en relaciones con los Hebreos, desde el tiempo de la dispersion de las diez tribus de este pueblo, hasta la caída del reino de Judá. Por consiguiente, en su confusa tradición, existían huellas de las esperanzas israelíticas del Mesías; y formaba el tesoro de su ciencia, según atestiguan todos los antiguos, una profunda observación acerca de los movimientos celestes y los cambios de la naturaleza, en general, que en las disposiciones de la Providencia coincidieron, especialmente, con el nacimiento del Salvador en la tierra. Por cuyo motivo, apenas empezó á brillar aquel milagroso astro en el Cielo, nuncio portentoso de tanta ventura, los Magos, acordándose de la célebre predicción de su maestro Zoroastro, que respondía á las expresadas tradiciones, de repente, no dudando del feliz suceso, determinaron la partida; y habiendo preparado y dispuesto todo lo necesario, al son de címbalos, según la costumbre de su país, emprendieron el viaje para hallar al nacido Rey del universo.

Así obran, hermanos míos, cuantos entienden y sienten la Religión dentro su corazón para amarla: apenas tienen indicios de la verdad, siéntense movidos por la buena voluntad á obrar el bien, ponen al instante manos á la obra, temiendo, de otra suerte, perder el don de la gracia que Dios les dispensa. Y este ejemplo de los Reyes Magos debe cubrir á los cristianos de confusión, pues, apenas brilló desde lejos el rayo de la divina Redención, corrieron en busca de su origen: y nosotros, que desde diez y nueve siglos há, estamos en posesión de la verdad, y tenemos todos los medios posibles de obrar el bien, no los imitamos. ¡Oh! cuán pocos somos católicos, verdaderos cató-

licos de corazón! pues las obras no corresponden á este nombre santo y glorioso con que nos honramos. ¡Oh santos Reyes Magos! vosotros sereis nuestra condenación en el día del juicio final. En efecto; contemplad como luego se ponen en camino, abandonando su país bello y rico en caseríos de madera de palma (1), y atravesando Babilonia por un lado, donde el viento del desierto, gimiendo entre inmensas ruinas, parecía repetir á aquellas mudas reliquias los siniestros oráculos del hijo de Amós, tomaron el incómodo y pedregoso camino, que conducía á la Palestina. Admirad aquí la providencia y bondad de Dios con aquellos que le aman fielmente, obedeciendo á sus santas inspiraciones. No bien aquellos sábios emprenden el camino, la prodigiosa Estrella, que poco ántes aparecía en el firmamento, desciende hasta el punto de guiar sus pasos con un doble prodigio; semejante á la misteriosa columna de fuego que había guiado á las fugitivas turbas del pueblo de Israel hácia las desiertas playas del Eritreo. Esta prodigiosa Estrella, no regulada por las leyes comunes que rigen á los astros, y componen la armonía del universo, sino con sus propios y especiales movimientos, era, dice San Juan Crisóstomo, una nueva y estupenda maravilla digna de ser vista. Ya se adelantaba, guiando la caravana en línea recta hácia el Occidente; ya se paraba sobre las tiendas, girando sobre sí misma como para derramar al rededor más vivamente su luz; y así como á la aurora del nuevo día, moviéndose, daba la señal de partida, también al anochecer, al pararse, indicaba que era tiempo de tomar reposo (2).

Esa Estrella milagrosa, hermanos míos, que apareció á los Magos, era símbolo y figura de la Fé que nos comunica el conocimiento de Jesús y nos conduce á Él, cuando dóciles y humildes nos dejamos guiar por ella: y quien mira á esa mística estrella de la Fé, no halla tinieblas que oscurezcan sus pasos, ni dudas que agiten su mente y atormenten su corazón; porque una luz milagrosa le alumbra, mediante la cual sabe de dónde viene, adónde va y cuál será su fin. Pero quitad de en medio la Estrella de la Fé, no hallareis más que espantosos abismos, aberraciones temibles, esfuerzos dolorosísimos, inútiles siempre para distinguir lo verdadero de lo falso; y, finalmente, la desesperación. Observad en qué ha venido á parar, con la pérdida de la Fé, la presente sociedad europea. Y estad seguros de que no recobrará la paz ni el reposo sino por medio de la Fé, que ella combate tan néciamente, para sustituir en su lugar nuestra mezquina razón. Mientras tanto, los santos Magos, siguiendo las inspiraciones del Cielo,

(1) Strabon, lib. XVII.

(2) San Juan Crisóstomo, *Serm. VI, sobre San Mateo.*

y guiados por la Estrella que les había sido enviada, empezaron á ver desde léjos, por entre las peladas y ásperas cumbres de los montes, las elevadas torres de Jerusalem, sintiendo por ello extraordinaria alegría en su corazon. ¡Hé aquí, dijeron en sus trasportes de júbilo; hé aquí la meta de nuestra larga peregrinacion! Y poco despues, hallaron una fuente de agua fresca y cristalina, donde descansaron de sus fatigas: esa fuente se llama hasta hoy dia la fuente de los santos Reyes Magos(1). Sucedió, empero, que al levantarse para proseguir el camino, la Estrella desapareció. Me figuro que darían un grito de terror como el que levantaban los antiguos pilotos en medio del Océano, cuando un denso grupo de nubes les quitaba la direccion y el favor de la estrella polar, que era su única guia y salvacion. Pero no vaciló su fé: ellos sabían, que Dios les había llamado á emprender aquel viaje, y que les conduciría al término de su viaje. ¿Qué importa, dirían, probablemente, que la Estrella haya desaparecido? esta desaparicion indica que estamos cerca del lugar del gran portento, de la capital de Judea, donde dentro breves momentos veremos los caminos llenos de flores, las paredes de las casas adornadas con ricos tapices, y coros que danzan al son de arpas, de salterios y tímpanos, celebrando el advenimiento del nacido Mesías. Y espoleando á sus camellos, entraron poco despues en Jerusalem por la puerta oriental, protegida y dominada por una elevada torre, á la sazón considerada como inexpugnable.

Ya me habeis prevenido, hermanos míos, pensando en lo que va á sucederles. Esos venerables personajes creyeron que el glorioso monarca, de quien iban en busca, habría nacido en la principal ciudad de su nacion, y que, por lo tanto, se celebrarían allí extraordinarios festejos. Como sucede hoy dia con los fieles de varias naciones, que por motivos de piedad van á Roma, sede y centro del Catolicismo, donde piensan hallar un continuo y espléndido triunfo de la Religion; y con gran sorpresa suya, hallan una encarnizada guerra contra la Iglesia y su Cabeza, por una parte, y por otra, la brutal indiferencia. También los santos Magos quedaron dolorosamente sorprendidos al entrar en la ciudad de David, donde creían hallar el Mesías. Triste era el aspecto de Jerusalem; y ocupados en sus quehaceres los ciudadanos, quedaron maravillados de tan extraordinaria aparicion. Los vestidos de los Magos eran blancos, ceñidos con magníficos cinturones color de rosa, y llevaban collares y brazaletes ricos de piedras preciosas. A medida que el pueblo iba

(1) *Viaggi di G. C.*

agrupándose á su paso, preguntaban en dónde había nacido el Rey de los Judíos (1). Pero ¡oh estupor! á cuantos preguntan les contestan, que no les comprenden; que no conocen otro rey que Herodes; Herodes, que no era su rey legítimo, y que les tiranizaba fieramente, hasta en las sagradas prácticas de la Religion de sus padres; permaneciendo, no obstante, silenciosos en su miseria, como ciegos y abandonados por Dios á la depravacion de su corazon. ¡Oh Israel desventurado! ya empiezan á verificarse sobre tí los tremendos vaticinios de los Profetas, segun los cuales, al fin, serás reprobado para siempre por el Señor; tus caminos estarán cubiertos de tinieblas, y reinará en ellos un silencio desolador! Sin embargo, de estos Magos, á quienes no sabes responder y dar noticia de tu verdadero Rey, habla claramente el Profeta Isaías, cuando dice: «Levántate ¡oh Jerusalem! recibe la luz: porque ha venido tu lumbrera, y ha nacido sobre tí la gloria del Señor! A tu luz caminarán las gentes, con una muchedumbre de camellos y de dromedarios de Madian y de Efa, cargados de oro é incienso, y cantando las alabanzas del Señor (2).» ¡Oh amados cristianos! consideremos bien este terrible suceso de la ceguedad del pueblo de Dios, para no abusar como él de las misericordias del Cielo!

¡Oh gran Dios! padre de bondad y de misericordia; no nos abandones en las tinieblas de la culpa, ya que con harta frecuencia, á imitacion de Israel pervertido, abusamos de tu divina gracia, y conocemos que ya no somos merecedores de ella. Si; te suplicamos humildemente, Dios de las misericordias, que nos ilumines hoy para conocer á tu dulce Hijo Jesucristo, como iluminaste á los santos Magos de Oriente, llevándolos á buscar y adorar el gran misterio, que Él había venido á cumplir para nuestra redencion; á fin de que, reconociéndole por lo que es, el camino, la verdad y la vida (3), fuera del cual no hay más que tinieblas y muerte eterna, tomemos una firme resolucion de vivir segun los consejos de su sabiduría, sin querer otra guia de nuestros pasos que la saludable estrella de su Revelacion. ¡Ah! y qué tormento fuera el nuestro en la otra vida, si viendo á pueblos que vivían en mortales tinieblas y fueron en busca del nacido Salvador del mundo para adorarle, apenas apareció á su vista un rayo de luz celestial, y por este medio consiguieron la salvacion; nosotros, por el contrario, nacidos en el seno de tu Iglesia, crecidos entre los esplendores de tantos prodigios que la embellecen y la muestran divina, y fortalecidos con tus sacramentos, andásemos mi-

(1) MATTH. I, 1, 2.

(2) ISAI. LX.

(3) JOANN. XVI, 6.

serablemente perdidos. ¡Oh, María, Madre de misericordia! á Ti nos recomendamos; á Ti, hermosa Estrella de la mañana, tan poderosa para mover los corazones que es imposible resistirte. ¡Ah! si; ven, Estrella matutina, como te llama la santa Iglesia, ven y levántate en nuestro corazón para señalarnos el camino que conduce directa y seguramente á tu dulce Hijo Jesús; haz con el poder de tu amor, que sintamos suave y deleitosa necesidad de volver á la vida de su gracia, para que, fortalecidos cada día más en ella, vivamos constantes y fieles hasta la hora de nuestra muerte. ASÍ SEA

DIA VEINTE Y DOS.

LOS MAGOS EN BELEN.

*Intrantes domum, invenerunt puerum cum Maria matre ejus, et proci-
dentes adoraverunt eum.*

Entrando en la casa, hallaron al niño con María su madre, y postrados le adoraron.

(MATTH. II, 11.)

Bienaventurado el hombre, exclamaba el santo profeta David, que se acoge al asilo del Altísimo, porque descansará bajo la protección del Dios del Cielo, y nada tendrá que temer sobre esta tierra (1). Sean sus enemigos tan numerosos como las estrellas del Cielo, ó las arenas del mar, no por esto conseguirán vencerle ni sobrepujarle, sinó que caerán mil á su lado izquierdo y diez mil á su diestra, sin que le causen el más leve daño, ni puedan siquiera acercársele con esperanza de alcanzar el más insignificante triunfo (2). Y no sin razón ensalzaba el real Profeta con tanta solemnidad el poder y la

(1) PSALM. XC, 1.

(2) PSALM. XC, 7

bondad de Dios; porque nadie mejor que él la había experimentado. ¿Quién ignora la terrible persecución que sufrió de un rey reprobado por Dios, que á toda costa le quería muerto, viéndose obligado largo tiempo á vagar por valles y montes, entre selvas y desiertos, rodeado siempre y en todos lugares de satélites, y en medio de tantas asechanzas, que el ánimo se siente sobresaltado con solo leer su historia? Pero en esa encarnizada guerra triunfaba David, con solo exclamar, lleno de fé en su Señor: «Tú eres, Dios mio, mi fortaleza y mi asilo; en Ti tengo puesta mi esperanza; no quedaré yo para siempre confundido» (1). Esta protección, hermanos míos, es común á todos los verdaderos siervos del Altísimo. En efecto, he ahí otro Profeta, que enviado por el mismo Dios á echar en rostro á Israel sus iniquidades, teme aceptar el mandato, seguro de que le quitarán la vida. «No temas, le dice Dios, porque contigo estoy para sacarte de cualquier embarazo (2).» Y así sucedió, pues, en verdad, si Dios, virtud infinita, sin cuyo beneplácito no cae un solo cabello de nuestra cabeza, está con nosotros, ¿quién osará oponérsenos con esperanza de prevalecer? Nadie, hermanos míos; y aunque fuese el hombre más astuto y poderoso de la tierra, no impedirá un solo paso á los hijos de la gracia en las admirables sendas por las cuales les conduce la Providencia divina. Os presento esta noche una luminosísima prueba de esta verdad en los santos Reyes Magos, que cumplen su viaje, buscando y hallando en Belén al nacido Salvador del mundo. Pidamos ántes la gracia: A. M.

Ya visteis como los Magos quedaron estupefactos en Jerusalem, donde creían hallar al nacido Rey de Israel, porque todos se asombraban de su pregunta, y ni uno solo sabía el nombre del monarca recién nacido. ¿Qué resolución tomarán? Acaso tornar atrás? ¿Desesperarán de la empresa? La Estrella ¿habrá quizás sido una ilusión? El caso era difícil; pero, por lo mismo que se mantuvieron firmes en la fé, se dirigieron á Dios en su corazón, y no tardaron en ser plenamente consolados. A la sazón reinaba en Jerusalem Herodes (3), usurpador del trono y feroz tirano de la nación hebráica, á quien todos odiaban y detestaban como un azote del Cielo. Le detestaban los grandes, porque á la menor sospecha les hacía encarcelar, encadenar y matar; le detestaban los sacerdotes, despojados de sus privilegios, y hechos continuo blanco de su bestial furor; le detestaba el

(1) PSALM. passim.

(2) JERE. I.

(3) MATTH. II, 1.